LA TUMBA

H. P. LOVECRAFT

Al relatar las circunstancias que han conducido a mi reclusión en este refugio para enfermos mentales, me doy cuenta de que mi situación actual suscitará las naturales dudas sobre la autenticidad de mi relato. Es una lástima que la mayor parte de la humanidad tenga una visión mental tan limitada a la hora de sopesar con calma y con inteligencia aquellos fenómenos aislados, vistos y sentidos sólo por unas pocas personas psíquicamente sensibles, que acontecen más allá de la experiencia común. Los hombres de más amplia mentalidad saben que no hay una distinción clara entre lo real y lo irreal; que todas las cosas parecen lo que parecen sólo en virtud de los delicados instrumentos psíquicos y mentales de cada individuo, merced a los cuales llegamos a conocerlos; pero el prosaico materialismo de la mayoría condena como locura los destellos de clarividencia que traspasan el velo común del claro empirismo.

Me llamo Jervas Dudley, y desde mi más tierna infancia he sido soñador y visionario. Dueño de una fortuna comercial, y temperamentalmente incapaz de seguir unos estudios tradicionales y de gozar del trato social de mis amistades, he vivido siempre en regiones alejadas del mundo visible; he pasado mi adolescencia y mi juventud inmerso en libros antiguos y poco conocidos, y vagando por los campos y arboledas próximas a mi casa solariega. No creo que lo que leía en aquellos libros y veía en aquellos campos y arboledas fuera exactamente lo que podían leer y ver otros niños allí; pero no debo hablar demasiado de esto, ya que una referencia más detallada serviría para confirmar las crueles calumnias sobre mi cordura que oigo contar a veces en voz baja a los furtivos enfermeros que tengo a mi alrededor. Me limitaré a relatar los hechos sin analizar sus causas.

He dicho que viví separado del mundo visible, pero no que viviera solo. Ninguna criatura humana sería capaz de tal cosa; porque la falta de compañía de los vivos empuja a uno

inevitablemente a buscar la de seres que no lo son, o ya no lo están. Cerca de mi casa hay una hondonada boscosa, en cuyas profundidades crepusculares pasaba yo la mayor parte de mi tiempo, leyendo, pensando o soñando. Al pie de sus musgosas laderas di mis primeros pasos, y alrededor de sus robles grotescos y nudosos tejí mis primeras fantasías de adolescente. Llegué a conocer bastante bien a las dríadas tutelares de aquellos árboles, y presencié a menudo sus danzas delirantes bajo el forzado resplandor de una luna menguante... Pero no debo hablar ahora de estas cosas. Hablaré únicamente de la tumba solitaria que había en la más intrincada espesura de la ladera la tumba abandonada de los Hyde, vieja y eminente familia cuyo último descendiente directo había sido depositado en sus negras cavidades bastantes decenios antes de que yo naciera.

La cripta a la que me refiero es de antiguo granito, gastado por el tiempo y manchado por las brumas y humedades de generaciones. Excavado en la falda del monte, el recinto sólo tiene visible la entrada. La puerta, una losa imponente, está sostenida por unos goznes de hierro herrumbroso y permanece extraña y siniestramente entornada sólidamente sujeta con candados y
pesadas cadenas de hierro, a la tosca manera de hace medio siglo. La residencia de la familia cuyos vástagos descansan aquí en sus urnas coronaba en otro tiempo el declive en el que se encuentra la tumba; pero hace tiempo ya que se derrumbó, presa de las llamas que un rayo provocó. Los habitantes más viejos de la región hablan con voz atemorizada de aquella tormenta que destruyó a media noche la sombría mansión, aludiendo de tal forma a lo que ellos llaman la «ira divina», que en los últimos años se avivó vagamente en mí la siempre fuerte fascinación que había sentido por el sepulcro oculto en la espesura. Sólo un hombre había perecido en el incendio. Cuando el último de los Hyde fue enterrado en este lugar de quietud y de sombras, la urna de sus cenizas llegó de un lejano país, al que la familia fue a establecerse tras el incendio. Ya no hay nadie que deposite flores ante ese pórtico de granito, y son pocos los que desafían las lúgubres sombras que parecen demorarse

extrañamente junto a sus piedras desgastadas por el agua.

Nunca olvidaré la tarde en que descubrí esa semioculta morada de la muerte. Fue a mediados del verano, cuando la alquimia de la naturaleza transmuta el paisaje selvático en vívida y casi homogénea masa de verde; cuando los sentidos se embriagan con esas oleadas de húmedo verdor y de fragancia sutilmente indefinible a tierra y a vegetación. En tal ambiente, la razón pierde perspectiva; el tiempo y el espacio se vuelven triviales e irreales, y los ecos de un pasado prehistórico llama con insistencia a las puertas de la conciencia cautivada.

Había estado vagando todo el día por las místicas arboledas de la hondonada, inmerso en pensamientos que no vienen al caso, y conversando con seres a los que no hay por qué mencionar. A la edad de diez años había visto y oído muchos prodigios ignorados por la multitud, y en determinados aspectos me sentía extrañamente anciano. Cuando —después de abrirme paso entre dos zarzas enmarañadas- encontré la entrada de la cripta, no tenía idea de lo que había descubierto. Los bloques de oscuro granito, la puerta extrañamente entornada, y los relieves funerarios esculpidos en el arco, no suscitaron en mí ninguna asociación dolorosa ni terrible. Yo sabía y había imaginado muchas cosas acerca de las sepulturas y las tumbas; pero debido a mi carácter especial, me habían tenido apartado de todo contacto con cementerios y lugares de enterramiento. La extraña construcción de piedra de la boscosa ladera era para mi simple motivo de curiosidad y divagación; y su interior frío y húmedo, que en vano traté de escrutar desde la tentadora rendija, no contenía para mí signo alguno de corrupción o de muerte. Pero en aquel instante de curiosidad nació en miel loco e irrazonado deseo que me ha traído a este infernal confinamiento. Acuciado por una voz que debió de brotar del alma espantosa del bosque, decidí penetrar en la atrayente oscuridad a pesar de las gruesas cadenas que me cerraban el paso. A la luz débil del día, sacudí los herrumbrosos obstáculos con objeto de abrir más la puerta de piedra, y traté de deslizar mi cuerpo delgado por la angosta holgura; pero ninguno de mis intentos tuvo éxito.

Mi inicial curiosidad se volvió ahora frenética; y cuando regresé a casa en el creciente crepúsculo, había jurado a ¡os cien dioses del bosque que, costara lo que costase, algún día forzaría la entrada de esas frías y tenebrosas profundidades que parecían llamarme. El médico de barba gris que entra a diario en mi habitación dijo una vez a un visitante que tal decisión marcó el principio de una lamentable monomanía; pero dejaré que el juicio definitivo lo emitan los lectores, cuando lo sepan todo.

Los meses siguientes a mi descubrimiento los pasé haciendo inútiles intentos de forzar el complicado candado de la cripta, y discretas averiguaciones sobre la naturaleza e historia del recinto. Con el oído tradicionalmente receptivo de los niños, me enteré de muchas cosas, aunque mi habitual reserva me impedía contar a nadie lo que sabía yío que me proponía. Quizá merezca la pena aclarar que no me sorprendió ni me produjo terror el enterarme de la naturaleza de la cripta. Mis originales ideas sobre la vida y la muerte me habían llevado a asociar vagamente el barro frío con el cuerpo que respira, e intuía que la grande y siniestra familia de la mansión incendiada estaba representada en cierto modo en el recinto de
piedra que trataba de explorar. Los rumores que corrían sobre ritos misteriosos y profanas orgías que se habían celebrado en épocas pasadas en la antigua residencia despertaron en mi un poderoso interés por la tumba, ante cuya puerta permanecía sentado a diario durante horas y horas. Una de las veces arrojé una vela por la rendija de la puerta, pero no conseguí ver nada, salvo un tramo de húmedas escaleras de piedra que descendían. El olor del lugar me producía repugnancia, y no obstante, me fascinaba. Sentía que lo había percibido anteriormente, en un pasado remoto más allá de todo recuerdo; antes incluso de encarnarme en este cuerpo que ahora poseo.

Al año siguiente de mi descubrimiento de la tumba, di con una traducción carcomida de las Vidas de Plutarco en el desván de mi casa, atestado de libros. Leyendo la vida de Teseo, me sentí muy impresionado por ese pasaje en que habla de una gran piedra bajo la cual el joven héroe

encontraría la prueba de su destino cuando fuese lo bastante fuerte para levantar su enorme peso. La leyenda tuvo el efecto de aplacar mi vivísima impaciencia por entrar en la cripta, ya que me hizo comprender que aún no había llegado el momento. Más tarde, me decía, llegaría a tener una fuerza y una ingeniosidad que me permitirían abrir fácilmente la puerta encadenada; pero hasta entonces, debía conformarme con lo que parecía ser la voluntad del Destino.

Así que mis vigilancias junto a la húmeda entrada se volvieron menos insistentes, y dediqué gran parte de mi tiempo a otras ocupaciones, aunque eran igualmente extrañas. Me levantaba a veces en silencio, por la noche, y salía furtivamente a pasear por los cementerios y lugares de enterramiento, de los que mis padres me habían tenido apartado. No puedo decir qué hacía yo allí, ya que ahora no estoy seguro de la realidad de ciertas cosas; pero sé que al día siguiente de esos vagabundeos nocturnos asombraba a menudo a los queme rodeaban mostrando un conocimiento de cosas casi olvidadas desde hacía generaciones. Fue después de una noche así cuando escandalicé a la comunidad con un extraño comentario sobre el entierro del rico y afamado Squire Brewster, artífice de la historia local inhumado en 1711, y cuya lápida de pizarra, con una calavera y dos tibias cruzadas, se iba convirtiendo lentamente en polvo. En un momento de infantil imaginación, juré no sólo que el empresario de la funeraria Goodman Simpson le había robado al difunto los zapatos de hebilla de plata, las calzas de seda y el calzón de raso antes de enterrarlo, sino que el propio *squire,* que no había muerto del todo, se había dado la vuelta dos veces en el ataúd, el día después del entierro.

Pero la idea de entrar en la tumba jamás se me fue del pensamiento, hasta que me la reavivó efectivamente el inesperado descubrimiento genealógico de que mis propios antepasados maternos poseían al menos un ligero vinculo con la familia supuestamente extinguida de los Hyde. Ultimo vástago de mi línea paterna, era igualmente el último de esta otra más vieja y misteriosa. Empecé a sentir que la tumba era *mía,* y a pensar con ardiente ansiedad en el momento en que pudiera trasponer el umbral de piedra y bajar a la oscuridad

por aquella escalera cubierta de limo. Adopté entonces la costumbre de escuchar con intensa atención en la puerta entornada eligiendo para esta extraña vigilancia mis horas predilectas: la quietud de la medianoche. Por la época en que llegué a mayor, había hecho un pequeño claro en los matorrales delante de la mohosa fachada de la ladera, dejando que la vegetación de su alrededor lo cubriera como las paredes y techumbre de un cenador silvestre. Este cenador era mi templo; y la puerta encadenada, mi altar; y aquí me tumbaba en el suelo musgoso, pensando extraños pensamientos y soñando extraños sueños.

La noche en que tuve la primera revelación fue bochornosa. Debí de quedarme dormido de cansancio, porque cuando oí voces tuve la clara sensación de despertar. No quiero hablar de sus tonos y acentos, ni referirme a su calidad; pero sí puedo decir que noté extrañas peculiari4sdes en el vocabulario, la pronunciación y el modo de vocalizar. En aquel oscuro coloquio parecían estar representados todo los matices del dialecto de Nueva Inglaterra desde las toscas expresiones de los colonialistas puritanos a la retórica precisa de hace cincuenta años; pero de
eso me di cuenta después. En aquel momento, mi atención estaba en otro fenómeno: un fenómeno tan fugaz, que no puedo jurar que fuese real. Al volver a casa, fui sin vacilar a un cofre carcomido que había en el desván, y allí encontré la llave que al día siguiente abrió con toda sencillez el obstáculo que durante tanto tiempo había tratado de forzar en vano.

Había una luz suave de atardecer, la primera vez que entré en la cripta de la ladera abandonada. Me sentía embargado por un hechizo, y el corazón me saltaba con una exultación difícil de describir. Cuando cerré la puerta detrás de mí, y empecé a descender por los goteantes peldaños a la luz de mi vela, tuve la impresión de que conocía el camino; y aunque la vela chisporroteaba por el vaho sofocante del lugar, me sentí extrañamente a gusto en aquel ambiente estancado de pudridero. Al mirar a mi alrededor, descubrí numerosas losas de mármol sobre las que descansaban ataúdes o restos de ataúdes. Algunos de ellos estaban cerrados e intactos; otros casi habían desaparecido, quedando sus asas de plata y sus

placas aisladas entre curiosos montones de polvo blanquecino. En una de las placas leí el nombre de sir Geoffrey Hyde, quien había venido de Sussex en 1640 y había muerto aquí unos años más tarde. En un nicho llamativo había un ataúd bastante bien conservado y vacío, adornado con un simple nombre que me hizo sonreír y estremecer a la vez. Un inexplicable impulso me decidió a subir a la ancha losa, apagar la vela, y tumbarme en el interior de la caja vacía.

Salí tambaleante de la cripta, a la luz gris del amanecer, y cerré la puerta y la cadena, detrás de mí. Ya no era joven, aunque sólo veintiún inviernos habían enfriado mi envoltura corporal. Los aldeanos madrugadores que me vieron regresar me miraron con extrañeza, asombrados ante los signos de obscena disipación que observaban en alguien cuya vida tenía fama de austera y solitaria. No me presenté ante mis padres hasta después de un sueño largo y reparador.

A partir de entonces, acudí a la tumba cada noche, viendo y oyendo y haciendo cosas que no debo recordar. Mi modo de hablar, siempre sensible a las influencias ambientales, fue lo primero en sucumbir al cambio, y no tardaron en notar mi arcaísmo de dicción tan súbitamente adquirido. Después, apareció en mi comportamiento un extraño descaro y temeridad, hasta que, de manera inconsciente, asumí la actitud de un hombre de mundo, a pesar de mi vida recluida. Mi lengua, anteriormente reservada, se volvió voluble, adquiriendo la gracia fácil de un Chesterfield y el cinismo descreído de un Rochester. Exhibí una erudición singular, totalmente distinta del saber fantástico y monacal que había adquirido en mi juventud, y cubrí las guardas de mis libros con fáciles e improvisados epigramas que revelaban influencias de Gay, de Prior y de los más ágiles ingenios y rimadores augustos. Una mañana, durante el desayuno, estuve al borde del desastre, al ponerme a declamar con acento claramente ebrio una efusión de júbilo báquico del siglo **XVIII,** alegre y georgiana, jamás registrada en libro alguno, y que decía así:

Venid, muchachos, con la jarra de cerveza,

Bebed por el presente, antes de que huya;
Apilad en vuestro plato una montaña de carne,
Pues el comer y el beber nos vuelve alegres; Llenad, pues, vuestros vasos:
Pronto pasar la vida
¡Y muertos, ya no brinda réis por vuestro rey y vuestra amiga!

Dicen que Anacreonte tenía roja la nariz. Dios me bendiga. Prefiero estar rojo aquí abajo, Que hecho un lirio... ¡y muerto la mitad del año! Así que ven, Betty, querida;
Ven y bésame;
¡No hay en el averno otra hija de tabernero como tú!

El joven Harry anda tan tieso como puede, Ya perderá la peluca y rodará bajo las metas. Pero llenad llenad vuestros vasos.
¡Es mejor estar bajo la mesa que encontrarse bajo tierra!
Así que disfrutad, reíd,
Bebed a garganta llena.
¡Menos risa habrá con seis pies de tierra encima!
¡Que el demonio me fulmine! No puedo dar un paso, ¡Maldito si puedo tenerme en pie!
Ea, tabernero, di a Betty que traiga una silla;
¡Quiero quedarme otro rato, ya que mi esposa no estd!
Echadme una mano,
Que no puedo tenerme,
¡Pero quiero disfrutar mientras estoy sobre la tierra!

Fue por entonces cuando concebí el miedo que ahora me dan las tormentas. Indiferente antes a esas cosas, ahora me producían un horror indecible, y trataba de esconderme en el último rincón de la casa cada vez que el cielo amenazaba desencadenar una tormenta con todo el aparato eléctrico. Un lugar que frecuentaba con predilección durante el día era el sótano ruinoso de la mansión incendiada; y en la imaginación me representaba el edificio tal como fuera al principio. En una ocasión, sobresalté a un aldeano llevándole

confiadamente a un subsótano poco profundo, cuya existencia parecía conocer yo a pesar de que había permanecido ignorado y olvidado durante generaciones.

Por último, ocurrió lo que había estado temiendo durante mucho tiempo. Mis padres, alarmados por el cambio operado en la actitud y el aspecto de su único hijo, empezaron a ejercer sobre todos mis movimientos un afectuoso espionaje que amenazaba resultar catastrófico. No había hablado a nadie de mis visitas a la tumba, y había guardado mi secreto propósito con celo religioso desde mi niñez; pero ahora me vi obligado a adoptar la precaución al recorrer los laberintos de la hondonada boscosa, con el fin de despistar a un posible perseguidor. Conservaba siempre la llave de la cripta colgada del cuello con un cordón, procurando que nadie conociese su existencia. Jamás saqué del sepulcro nada de lo que encontré entre sus muros.

Una mañana, al salir de la húmeda tumba y cerrar la cadena de la puerta con mano no muy firme, descubrí entre unos arbustos la temida cara de un espía. Sin duda se aproximaba el final, puesto que se había descubierto el cenador y desvelado el objetivo de mis excursiones nocturnas. Pero el hombre no me abordó, de modo que me apresuré a regresar a casa, a fin de escuchar a escondidas lo que le contara a mi preocupado padre. ¿Iban a ser divulgadas al mundo mis permanencias en el otro lado de la puerta encadenada? ¡Imaginad mi maravillado asombro al oír al espía informar a mi padre con cauteloso susurro *que yo había pasado la noche en el cenador, delante de la tumba,* con mis soñolientos ojos clavados en la rendija de la puerta encadenada! ¿Por qué milagro había sufrido mi espía semejante ilusión? Ahora me sentí convencido de que un agente sobrenatural me protegía. Envalentonado por esta circunstancia providencial, reanudé mis visitas a la cripta sin el menor disimulo, confiado en que nadie podía presenciar mi entrada. Durante una semana, disfruté plenamente de esa jovialidad macabra que no puedo describir, cuando sucedió *aquello,* y me trajeron a esta morada maldita de monotonía y de dolor.

No debí aventurarme a salir de casa aquella noche, ya que

los truenos corrompían las nubes, y de la fétida ciénaga del fondo de la hondonada se elevaba una infernal fosforescencia. La llamada de los muertos era distinta también. En vez de brotar de la tumba de la ladera, me llegó del sótano carbonizado de lo alto, cuyo demonio tutelar me hacia señas con dedos invisibles. Al salir de la arboleda a la planicie que rodea las ruinas descubrí, al resplandor brumoso de la luna, algo que siempre había esperado vagamente. La mansión que había desaparecido hacía un siglo, se alzaba de nuevo con solemne majestuosidad ante mis ojos arrobados; cada ventana estaba iluminada con el resplandor de numerosas velas. Por el largo camino subían los coches de la aristocracia de Boston, mientras que acudía a pie un numeroso grupo de gentes exquisitamente empolvadas de las mansiones vecinas. Me mezclé con esa multitud, aunque sabía que yo debía estar entre los anfitriones, y no en el grupo de los invitados. En el salón había música, risas, y vino en cada mano. Reconocí varias caras, aunque las habría reconocido mucho mejor si las hubiese visto consumidas o devoradas por la muerte y la descomposición; y en medio de aquella multitud desenfrenada e inconsciente. yo era el más violento

y atrevido. Mis labios proferían torrentes de alegres blasfemias, y en mis escandalosas ocurrencias no respetaba ninguna ley humana, de la naturaleza o de Dios.

De pronto, estalló un trueno que se oyó incluso por encima del clamor de la embrutecida orgía, hendió la misma techumbre e impuso un sobrecogido silencio a la bulliciosa concurrencia. Rojas lenguas de fuego y abrasadoras bocanadas de calor envolvieron la casa; y los juerguistas, aterrados ante la calamidad desencadenada, que parecía rebasar los limites de la naturaleza, huyeron gritando y desaparecieron en la noche. Sólo me quedé yo, retenido en mi butaca por un miedo insuperable como no había experimentado jamás. Y entonces, un segundo horror se apoderó de mi. ¡Reducido en vida a cenizas, esparcido mi cuerpo a los cuatro vientos, *nopod ría descansar jamds en la tumba de los Hyde!* ¿No estaba mi ataúd preparado para mí? ¿No tenía yo derecho a descansar hasta la eternidad entre los

descendientes de sir Geoffrey Hyde? ¡Sí! Reclamaría mi herencia de muerte, aun cuando mi alma vagase durante siglos en busca de otra morada corporal que la supliese en aquel féretro vacío del nicho de la cripta. *¡Jervas Hyde* no compartiría jamás el triste destino de Palinuro!

Al desvanecerse el fantasma de la casa incendiada, me desperté gritando y forcejeando locamente en brazos de dos hombres, uno de los cuales era el espía que me había seguido hasta la tumba. Caía una lluvia torrencial, y se veían alejarse hacia el horizonte sur los relámpagos que poco antes habían pasado por encima de nosotros. Mi padre, con el rostro contraído de aflicción, permanecía inmóvil mientras yo pedía a gritos que me dejasen descansar dentro de la tumba, rogando con frecuencia a los que me sujetaban que me tratasen con la mayor suavidad. Un círculo ennegrecido en el suelo del sótano ruinoso revelaba el lugar donde había caído un violento rayo del cielo; y en ese mismo lugar unos cuantos aldeanos provistos de linternas observaban curiosos una pequeña caja de antigua artesanía que el rayo había sacado a la superficie.

Renunciando a mis vanos forcejeos, miré a los que contemplaban el hallazgo. y me permitieron compartir el descubrimiento. La caja, cuyos cierres se habían roto por el impacto que le había desenterrado, contenía muchos papeles y objetos de valor; pero yo sólo tuve ojos para una cosa. Era la miniatura en porcelana de un joven con una elegante peluca rizada, y las iniciales «J.H. » El rostro que tenía era tal, que era como contemplar mi propia imagen en el espejo.

Al día siguiente me trajeron a esta habitación de ventana enrejada; pero he seguido informado de ciertas cosas gracias a un viejo criado, por quien sentí mucho cariño durante mi infancia, y el cual tiene afición a los cementerios como yo. Lo que me he atrevido a contar de mis experiencias en el interior de la cripta no ha hecho sino despertar sonrisas compasivas. Mi padre, que me visita con frecuencia, afirma que en ningún momento he cruzado la puerta encadenada, y jura que el herrumbroso candado seguía intacto desde hace cincuenta años cuando él lo examinó. Dice incluso que todo el pueblo conocía mis excursiones a la tumba, y que me

vigilaban muchas veces, cuando me dormía en el cenador frente a la tétrica entrada, con los ojos semiabiertos y fijos en la rendija que conduce al interior. No tengo ninguna prueba palpable que alegar contra todas estas afirmaciones, ya que perdí la llave en los forcejeos, aquella noche de horror. Mi conocimiento de extrañas cosas del pasado, de las que me fui enterando durante aquellas reuniones nocturnas con los muertos, lo atribuyen, a mi constante y omnívoro huronear entre los viejos volúmenes de la biblioteca de la familia. De no ser por mi viejo criado Hiram, a estas horas me habrían convencido totalmente de mi locura

Pero Hiram, leal hasta el fin, ha conservado la fe en mí, y ha hecho lo que ahora me impulsa a publicar al menos parte de mi historia. Hace una semana, abrió violentamente el cierre que mantenía la puerta de la tumba perpetuamente entornada, y descendió con una linterna a las lóbregas profundidades. Sobre la losa de un nicho, encontró un ataúd viejo y vacío cuya placa empañada ostenta un solo nombre: *Jervas*. En ese ataúd, y en esa cripta, han prometido enterrarme.